

El Asesinato de la libertad

Un pitido fue, lo que como todas las mañanas, sacó a Jakob de sus sueños.

Y una vez más, unos hombres gritando en alemán (idioma que no entendía nadie de su pabellón) fueron las que forzosamente le levantaron de la cama. Jakob repitió el ritual de todas las mañanas, el cual era buscar con la mirada a todos sus conocidos y agradecer que aún seguían vivos.

Y es que no había día sin el temor de no ver el siguiente amanecer; o verlo pero faltando alguien. Esa era su nueva vida, su pequeño mundo cruel, injusto y opresor, aislado del resto del mundo sin ninguna razón lógica. Y como siempre que le atenazaban esos pensamientos, Jakob se dirigió a su pequeño santuario, escabulléndose al único lugar que le permitía tener fuerzas para terminar el día. Su pequeño rincón en la verja con la mariquita.

Tras pasar por pabellones en ruinas donde personas famélicas se hacinaban en condiciones inhumanas y caminos encharcados llenos de baches, llegó a la verja. Como siempre allí se encontraba con la misma

mariquita (o si no, una igual que la del día anterior) posada sobre la verja. Ir allí le permitía entrar en conexión con el resto del mundo y sentir que no estaba solo, que todo el mundo estaba con él, y que podía ser que fuera él el preso, pero él al menos conservaba la dignidad y la conciencia limpia e inocente de la que carecían sus captores.

Pero esa enorme sensación de felicidad se esfumó tan rápido cómo había llegado cuando un pelotón de soldados alemanes le obligaban a gritos que se pusiera a trabajar. Muy a su pesar, les obedeció. Tuvo que trabajar durante largas horas llevando yunques de un lado para otro hasta la hora de la comida; que consistía en una hogaza de pan seco que debían comer en 5 minutos, para después volver a trabajar hasta el anochecer. Tras comer vorazmente el pan y saludar a sus familiares, intentó ir nuevamente a su pequeño lugar secreto, pero nuevamente unos soldados se lo impidieron.

Esta vez, por lo que parecía, intentaban convencerlos de que el lugar y el sistema en el que vivían era perfecto, y Jakob suponía que detrás de eso se ocultaba la intención de ganar algún confidente traidor que contase a los alemanes quien de las personas del pabellón podía organizar alguna

revuelta.

Pero Jakob sabía que aquel sistema no era ni mucho menos tan bueno como lo contaban los alemanes: porque ¿Es un sistema perfecto el que no lleva a la libertad de sus individuos?, Jakob sabía que no y sabía que todas las personas del mundo lo sabían también, sólo que algunos se negaban a escucharlo. Y esos "algunos" eran sus captores, aquellos que sabiendo que lo que hacían era lo más abominable de todo lo que se pueda imaginar, seguían haciéndolo sólo para salvar su vida, para vivir en la oscuridad, para no morir verdaderamente libres, porque valoraban más una existencia pobre, oscura y deshumanizada que la sensación de estar en armonía con el resto del mundo, que tener una conciencia limpia y pura, de todo aquello que para Jakob simbolizaba la mariquita en la verja.

Y cuando Jakob pensaba en eso, sentía lástima no por él, sino de las personas, si así se las podía llamar, que mantenían en el sufrimiento y en el dolor a personas inocentes como sus compañeros, personas que como Jakob, comprendían que existencia era mínima, pero que la agradecían como la que más.

Tras el pequeño discurso de los soldados, dijeron; adoptando una expresión benévola, algo así como que les llevaban a unas duchas a lavarse.

A Jakob eso le parecía muy sospechoso, ya que; ¿Desde cuándo se preocupaban por su limpieza? ¿Cómo era posible que aquellos soldados que acababan de obligarlos a trabajar sin descanso, que no habían tenido piedad con ellos, adoptaran una cara de inmensa afabilidad? Y lo más inquietante, ¿Por qué sus compañeros de pabellón tenían caras de inmenso pánico y horror? Tras cavilar unos instantes, Jakob buscó con la mirada a su familia y fue lo más rápido que pudo hacia ellos. Su madre intentaba consolar a sus hermanos pequeños de algo que ni siquiera sabían exactamente lo que era, pero que les producía un inmenso horror.

Mientras tanto, los soldados los sacaban del pabellón y los conducían casi hasta el límite del "campo", donde Jakob nunca había estado. Mientras marchaban, caras de pena y tristeza los miraba desde los otros pabellones, como si supieran que nosotros no éramos ni los primeros ni seríamos los últimos a los que nos hicieran lo que fuera que nos iban a hacer.

Un olor a quemado desprendía una chimenea del edificio al cuál nos

conducían, y Jakob se preguntaba: "¿Qué clase de duchas son estas?"; cómo se daría cuenta Jakob que aquel lugar al que los conducían poco tenía que ver con lo que él tenía en mente.

Tras obligarlos a meterse en una gran sala rectangular, y cerrarles fuertemente la puerta, se hizo la oscuridad y un extraño zumbido se oyó. Instantes después, notó cómo le faltaba la respiración, y de golpe se dio cuenta de la realidad. Iba a morir. Se aferró a la mano de su madre y tras despedirse mentalmente de todo aquello que le importaba, murió. Murió con una absoluta claridad en su mente, consciente de que moriría pero enorgulleciéndose de que jamás, nunca, ni siquiera un poco, se había rebajado al nivel de sus asesinos, que jamás había acabado con la vida de un ser inocente, que había comprendido la belleza y la armonía que, en su caso, se ocultaban en la mariquita de la verja, algo que sus asesinos jamás comprenderían. Y precisamente sus últimos pensamientos fueron hacia la mariquita de la verja y todo su inmenso significado.